

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PUNTO Y APARTE



—Mire usted que el Gobierno este tiene conflictos, ¿eh? El de los agentes de Bolsa, el del Ayuntamiento, el de las capitanías generales... ¿Qué opina usted de lo de las capitanías generales?
—Que me haga usted la raya enmedio precisamente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Milagros de ahora, por Eduardo Bustillo.—La carta del Truchuela, por José López Silva.—¡Quién fuera chino!, por Carlos Arniches.—Bibliografía festiva, por Antonio Sánchez Pérez.—Las mañanas del Retiro, por Salvador Rueda.—Así se escribe la historia, por Juan Pérez Zúñiga.—Ande el movimiento, por Sinesio Delgado.—...Grandes remedios, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Punto y aparte.—Servicio importante.—Anuncios, por Cilla.



Hay quien dice que la forma poética, los impermeables y el teatro serio están llamados a desaparecer.

Por de pronto, ya ha desaparecido la compañía del Español, apesar de los esfuerzos de Antonio Vico, el indiscutible primer actor de España. Todos sus sacrificios en pro del arte han resultado estériles: el público le había vuelto la espalda, y ni Galdós ni Sellés lograron despertar con sus obras el dormido entusiasmo de los espectadores.

Es muy frecuente oír decir á muchas personas más ó menos cultas:

—¡Calle usted, por Dios! No me hable usted de dramas. Á mí no me gusta ir al teatro á sufrir. ¡Bastantes disgustos tenemos en la vida!

Y en cierto modo no dejan de tener razón, porque hay seres tan sensibles que se entregan al dolor en el teatro, como si todo lo que pasa en la escena fuese verdad.

No hace muchas noches que se vió acometida de un accidente en el Español una señora que presenciaba cierto drama de Echegaray. Los acomodadores la condujeron á la contaduría para prodigarle los auxilios de la ciencia, y á fuerza de éter y antiespasmódico lograron tranquilizarla.

Lo primero que hizo al abrir los ojos fué preguntar:

—Diga usted, ¿la Contreras ha muerto por fin, ó se casa con Vico?

—No, señora—le contestó un acomodador.—Lo probable será que se meta monja.

—¡Ay, pobrecilla! ¡Una mujer tan joven! ¡Y tan guapa!

—Tranquilícese usted.

—No puedo—replicó la señora lanzando carcajadas histéricas.

Y no hubo más remedio que conducirla á su casa envuelta en un tapete de la contaduría.

El drama influye poderosamente sobre los nervios de muchos espectadores. Yo mismo, al ver que se mataba Antonio Perrín en *El celoso de su imagen*, experimenté un verdadero disgusto y tuve que ir á su cuarto, terminada la función, para convencerme de que todo aquello había sido de mentirijillas. En cambio, veo morir á cualquier otro actor de la clase de congrios y me alegro muchísimo, como me pasó en Galicia hace años. Salió á hacer el *Justo* de *La Pasionaria* cierto galán joven que parecía un sapo y que hablaba lo mismo que si tuviese un acordeón en el estómago.

—¡Dios mío!—decía yo.—¿Cuándo llegará la última hora de este hombre?—Y me devoraba la impaciencia. Por fin empezó el tercer acto; *Petrilla* clavó en el pecho de *Justo* el cuchillo vengador; pero *Justo*, en vez de morir de golpe, como Dios manda, se puso á lanzar *jiplos* y á poner los ojos en blanco. Yo me levanté indignado, y conmigo muchos espectadores, que gritamos furiosos:

—¡Á ver! ¡Que maten á ese hombre definitivamente!

Entonces el actor que hacía de *Marcial* le dió con un libro en la nuca, y *Justo* no tuvo más remedio que expirar á presencia de todos nosotros, y sólo así quedamos tranquilos.

Es lo malo que tiene el drama: sin poderlo evitar se identifica uno con la triste suerte de los personajes, y después sueña en su

casa con asesinos, pistolas, venenos y demás factores dramáticos. Yo no he podido borrar todavía de la imaginación la figura de Montenegro cuando hacía de estatua en el *Tenorio*, y siempre que veo á un mozo de tahona embadurnado de harina, no puedo menos de decir apelando á la fuga:

—¡El Comendador! ¡Huyamos!

El teatro cómico-lírico tiene la ventaja de producir en el ánimo regocijo sin igual. ¿Quién no goza al oír cantar á Tormo ó al ver á Mesejo dando saltos mortales? ¿Puede haber cosa más divertida que la Baeza cuando hace de tiple? *sfogatta?*

* *

El caso es que Vico ha tenido que cerrar el Teatro Español por falta de público, y ahora se irá á provincias en busca del necesario sustento.

Ni aun le queda el recurso de llevarse consigo un par de autores, para que salgan á escena las noches de estreno, como ahora se acostumbra.

Lo primero que hace todo empresario es ponerle un telegrama al autor aplaudido, diciendo:

«Déjelo usted todo; su familia, sus quehaceres, su salud, su comodidad. Véngase primer tren para sacarle escena. Traiga ropa decente.»

El autor, aunque no quiera, tiene que emprender el viaje, y desde aquel momento se transforma en una especie de oso blanco, con obligación de exhibirse todas las veces que lo pida el público.

Y entonces empiezan los comentarios:

—¡Qué feo es!—dice una señora de las butacas.

—Yo creí que sería más joven—agrega otra.

—Parece algo bizco—añade una tercera.

No falta algún espectador, poco acostumbrado á ver autores, que grita desesperadamente:

—¡Que hable! ¡Que improvise!

Á un autor de zarzuela que fué desde Madrid á cierto pueblo de Cataluña le gritaron desde el gallinero:

—¡Que haga juegos de manos!

Y el hombre tuvo que hacer todo lo que sabía para que le dejaran en paz.

* *

¿Qué empresa habrá el año próximo en el Teatro Español?

El que aspire á funcionar en el clásico coliseo, ya puede tentarse la ropa.

Vico, con toda su fama, no ha logrado atraer la atención del público; pero quién sabe si el año que viene habrá un empresario feliz.

Visto el mal resultado de los dramas y la decadencia del arte serio, lo que debe hacer la empresa futura es contratar á la mujer gorda, que se exhibía en una barraca, frente al Botánico, durante la feria de Setiembre. Un público numeroso y entusiástico acudía todas las tardes á contemplar aquellas pantorrillas, semejantes á dos talegos.

—¡Buena mujer!—decían los espectadores.

Y había quien agregaba con acento de profunda convicción:

—Esto vale más que todos los dramas del mundo.

Conque ya lo sabe la empresa del año que viene...

«Adelante, señores; entren, entren, que va á empezar la función! ¡La mujer gorda, el monstruo de la edad presente! Pesa doscientos once kilogramos sin ropa. Á real la entrada, á real la entrada. Niños, sacerdotes y militares sin graduación, á mitad de precio. ¡Entren, entren, señores!»

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

MILAGROS DE AHORA

Si buscas milagros, mira
ciego que ve las pesetas,
y tullido con muletas
que al más bravo se las tira;
y otros pobres de ocasión
que medran en el arroyo
y odian el bendito apoyo
de piadosa fundación.

Si buscas milagros, pasa
por el centro de la Villa
y verás la genticilla
que no tiene hogar ni casa,

y que, aunque parece inerte,
al *sablazo* nos condena,
y halla un figón en que cena
y un buen colchón en que duerme.

Si buscas milagros, busca
la política miseria,
donde la ignorancia seria
y la desvergüenza chusca
llegan al Congreso un día,
sin que saber les importé
si está el distrito en el Norte
ó si está en el Mediodía.

¿Milagros? ¿Pues no los hallas
en los que, con ansias tales,
riñen, por ser concejales,
tan tremebundas batallas,
aunque al luchar, temerarios,
que es el concejil no ignoren
un cargo *propter honorem*
que nunca tuvo honorarios?
¿Milagros pides? ¿Hay tal?
Sin capital que dé rédito,
no hay aquí quien tiene crédito,
que es tener un capital?
¿No es bastante milagroso
esposo, ayer indigente,
hoy con su *cuenta corriente*
no más que por ser esposo?
¿Milagros? Malos autores,
sin temor á los litigios,
en la escena hacen prodigios
de diestros merodeadores.

Y allí cobran su derecho
músicos y libretistas
que, por ser gentes muy listas,
todo se lo encuentran hecho.
De milagros grande acopio
se halla hoy en literatura;
que hay quien corre á la ventura
en pos de su estilo *propio*,
y, aunque ni sabe ni aprende,
por la gloria suda el quilo,
y al fin da con un estilo
que ni el mismo autor lo entiende.
A decirte la verdad,
entre tantos atropellos
ya no hay milagros de aquellos
que admiró la antigüedad.
Como el error nos gobierna,
son ya los absurdos tales
fenómenos naturales
de la sociedad moderna.

EDUARDO BUSTILLO.

LA CARTA DEL TRUCHUELA

(A MI DISTINGUIDO AMIGO DON JACINTO OCTAVIO PICÓN)

Señor don Pedro Suárez, el *Turégano*,
capataz del presidio de Alhucemas.
Querido padre: Ayer, por el conduzo
de Saturnino, recibí la esquela
que se ha diznado ustez de dirigirme,
y que no hay ningún dios que la comprenda,
porque tocante á cosas de escritura
es ustez un ceporro, dicho sea
sin agraviarle á ustez en lo más mínimun.
No ostante, me hago cargo de que en ella
dice ustez que le mande un par de mudas
y dos duros, ú tres ú los que pueda,
con cualquier pariente ú conocido
que vaya á ese penal; y aunque yo sepa
que el hijo, cuando es hijo y tié crianza,
debe cumplir la voluntaz paterna
quedándose en pelota, si es preciso,
va ustez á permitirme que me atreva
á decirle que no me da la gana
de mantenerle vicios ni á mi abuela,
que en santa gloria esté, que está de fijo
si en la gloria hay mollate y hay galeras.
¿Pa qué quí ustez, que no tendrá en su vida
ni una mala colilla tan siquiera
que llevarse á la boca, gastar lujos
de elástica ú armilla ú camiseta?
¿No comprende ustez que eso es un estorbo
pa llegar con la mano adonde quiera
que le moleste á ustez el mejor día
un hervor de la sangre, ú lo que sea?
¿Cuántísima inquietuz no pasaríamos
si, lo que no es probable que suceda,
obligara el gobierno á que llevásemos
una funda de punto en la cabeza!
Y sobre too, señor, dejando aparte
el que sea un estorbo ú no lo sea,
¿dende cuándo se muda por adrento
el que va hecho un marrano por afuera?
Disimúleme ustez, querido padre,
si al dejar consinás estas ideas
he dao alguna coz que haiga podido
herirle á ustez en su delicadeza
(lo cual no creo, porque ustez no es hombre
que se ofende por cosas tan pequeñas).
Quié ustez que le dé pelos y señales
de lo que hacemos toos en esta tierra,
dende el aciago día en que ustez tuvo
la humorá de cortarle la cabeza
al segundo marido de mi madre,
por causas que más vale no hablar de ellas,
y como es natural, voy en el azto
á obedecerle á ustez (por vez primera,
si no estoy trascordao). Mi pobre madre
no habita ya con el señor Candelas,
como ustez la dejó, porque él tenía,
según dicen, algunas desigencias
impróprias de su edaz y de su peso
y sobre todo del carázter de ella.
Así es que la mujer, con el disgusto
de que, después de andar como una negra
vendiendo culiflores y repollos
pa llevarle con algo de limpieza,
se haiga comportao él tan suciamente,
y con el flato, que en jamás la deja
sosegar ni vivir, está quedándose
que cuasi, cuasi, ya repuzna el verla,

y gracias al anís, entodavía
no ha reventao la pobre tan siquiera.
Con respeto á mi hermana Pantaleona,
ú Encarnación, que de las dos maneras
se llama en sociedad, debo decirle
que si tié aplicación hará carrera
porque ha nacido pa eso. Sin embargo,
la perjudica mucho el que cambea
de obrador á ca paso, y el que nunca
la puedan ver las otras compañeras.
Pero, en fin, el asunto es que la chica,
con las manos que tié, saca una renta
y se da el primer trato y marcha al pelo,
por más que, según dicen cuatro méndigas,
vive con estrechez y con apuros.
¡Míá que estrechez mi hermana! ¡Ya quisieran
tener muchas señoras de marqueses
lo que ella tié en el Monte de reserva,
sin contar las alhajas! Yo continuo
trabajando con suerte y con guapeza,
muy apreciao de toos los compañeros
y querido del maestro y de la maestra.
Creo que pronto pasaré á relojes,
si no hay ningún tropiezo, aunque mi idea
es ingresar en la sección del timo,
porque hago el portugués tan á conciencia
como no se ha hecho aquí dende que el gremio
perdió al *Colón*. En fin, como Dios quiera
darme vista y saluz, y protegerme
la mitaz que á otros muchos sinvergüenzas,
voy á rascar yo más en este mundo
que en algunos fielatos los de puertas.
Conque no canso más, querido padre.
Tenga ustez una miaja de pacencia,
que diez años y un mes se pasan pronto,
y no se apure ustez por lo que pueda
ocurrirle á mi madre y á mi hermana,
que aquí estoy yo pa que en jamás padezca
su nombre honrao. Adiós, querido padre.
Pida ustez lo que guste, con franqueza,
si tié necesidaz, á su buen hijo,
que lo es Felipe Suárez, el *Truchuela*.

J. LOPEZ SILVA.

¡QUIÉN FUERA CHINO!

(EN UN ABANICO JAPONÉS)

Los chinos diminutos
de tu abanico
pintados en la tela
y en las varillas,
con precaución constante
que no me explico,
llevan todos abiertas
rojas sombrillas.
No tienen otro medio
los desgraciados
para no morir todos
achicharrados;
pues me han dicho en secreto
que les sofoca
el calor de tus ojos
y el de tu boca.

¡Les queman tus miradas
cuando los miras,
y el fuego de tus labios
cuando supiras!...
¡Sofocarles tu aliento,
siendo tan ricol!
¡Qué chinos los que tienes
en tu abanico!
Hazme tu co-partícipe,
mujer divina,
de ese encanto que teme
la gente china.
(*Co-partícipe* pongo
porque es más fino
que brindarse á las claras
á ser *co-chino*.)

CARLOS ARNICHES.

BIBLIOGRAFIA FESTIVA

(CUENTAS ATRASADAS)

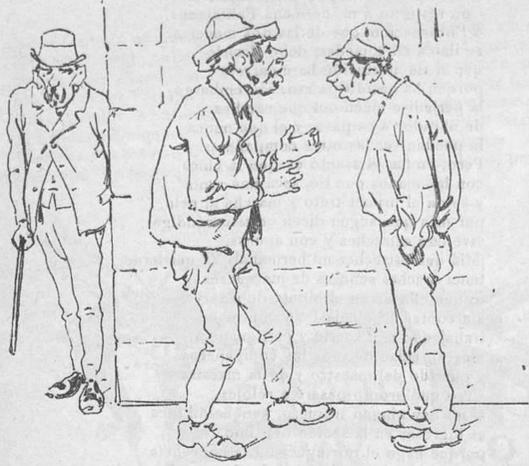
Aunque no sea del todo necesario, tampoco me parece inútil del todo manifestar que en esta simpática publicación hebdomadaria no existe, por ahora y sin perjuicio, la identidad de opiniones y de pareceres que determinan en otros periódicos, y muy especialmente en los políticos, solidaridad extensiva á todos los redactores.

Mi queridísimo y nunca olvidado amigo *Clarín* ha podido exponer, por ejemplo, en las columnas de MADRID COMICO que desea el advenimiento de la república (en lo cual coincidimos exactamente *Clarín* y yo) y ha podido decir además que él quiere una república unitaria y con Castelar de presidente, por añadidura, que no es floja añadidura (en lo cual ya no coincidimos, ni coincidiremos en la vida).

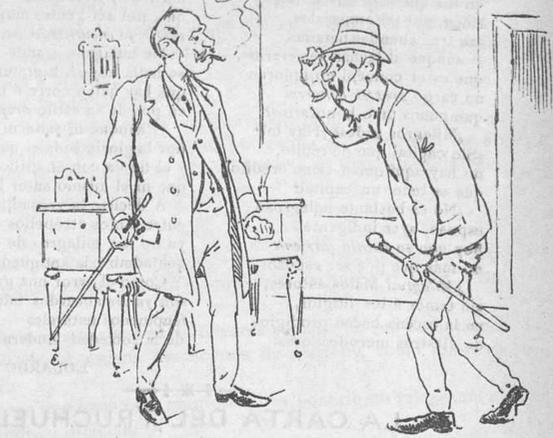
A *Clarín*, enamorado del arte, adorador sincero de las glorias literarias, le parece Emilio Castelar la primera figura de la democracia española... Eso es cosa suya y no voy á discutirlo; ni hay para qué. Respeto esa opinión y me contento con declarar que no es la mía; que la república de mi predilección es la federalista y que de presidente ya hablaremos cuando llegue el caso de elegirlo; aunque desde ahora anticipo la manifestación leal de que no será D. Emilio mi candidato.

Como el señor Director de este semanario publicó, no ha mucho,

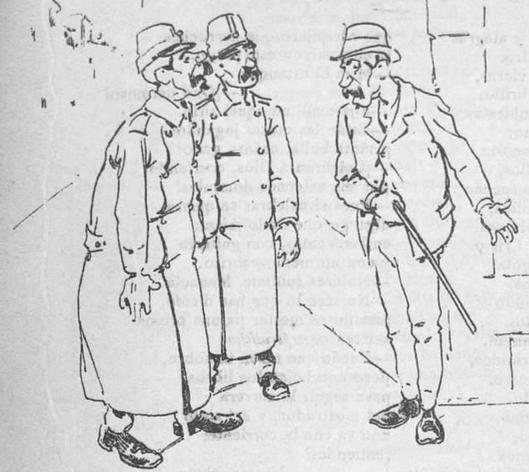
SERVICIO IMPORTANTE



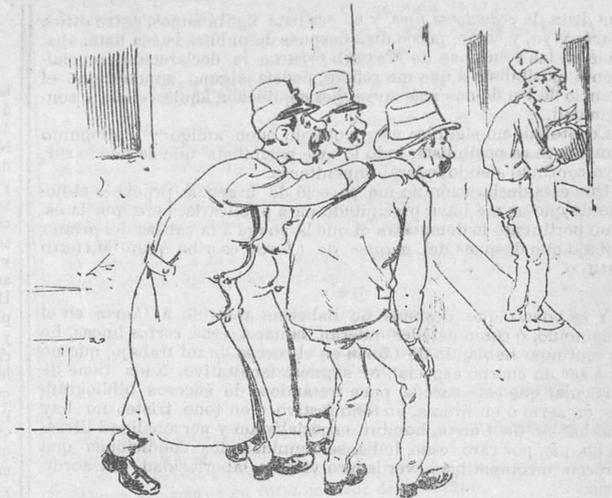
—Tú no tienes nada que hacer, ni responsabilidad de ninguna clase. Vas allá á eso de las tres de la mañana, te entregan la cosa, la dejas sin que te vea nadie en la misma puerta de la iglesia... y has acabado.



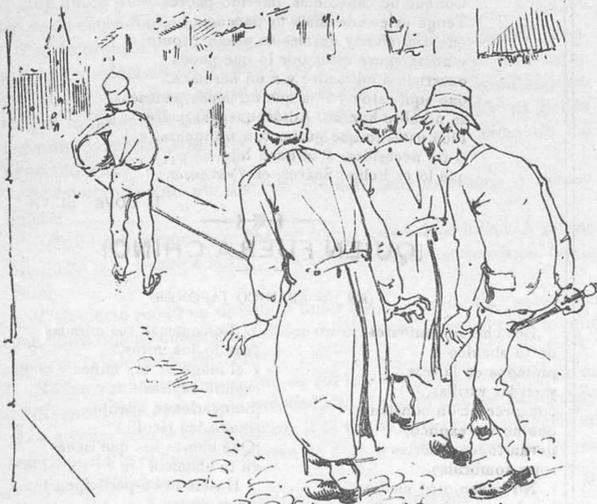
—Acabo de descubrir un grave secreto. ¡Van á poner una bomba de dinamita! Sé la hora, el sitio...



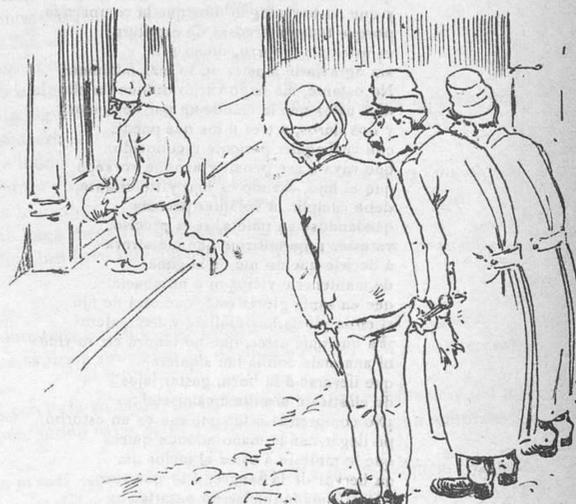
—Aquí es. Son las tres en punto. Pongámonos en accho, que no tardará en venir el criminal.



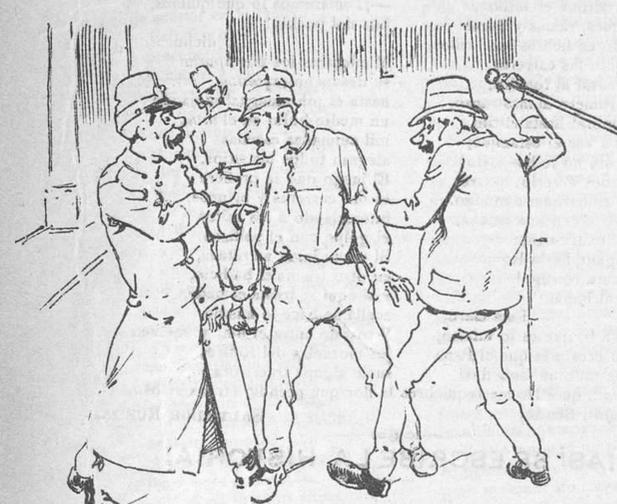
—¿Lo ven ustedes? ¡Y lo menos tiene cuatro kilos!



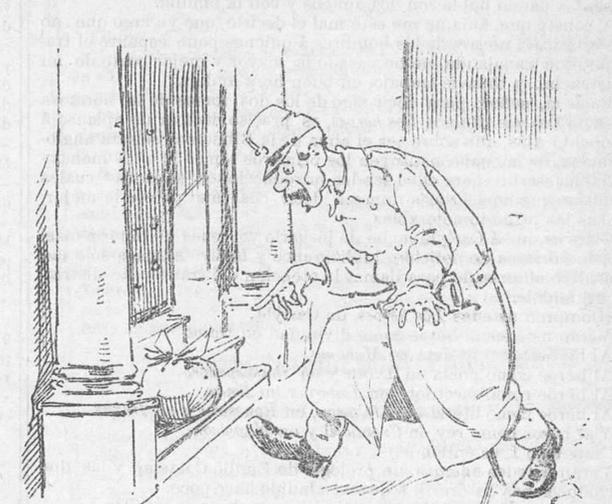
—Cuidado con que se figure que lo seguimos, por... que entonces...



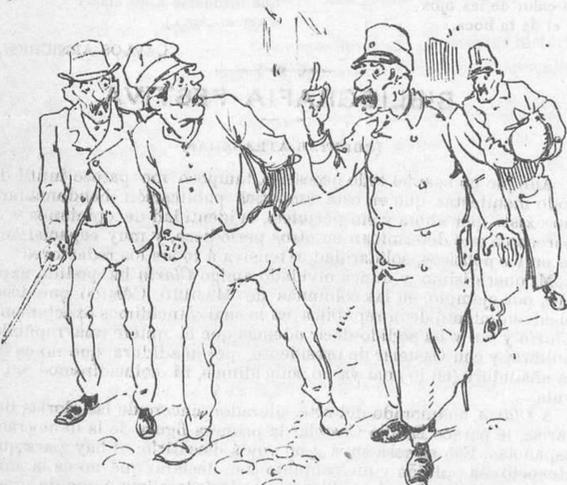
—¡Ajajá! Ahora debe estar prendiendo la mecha.



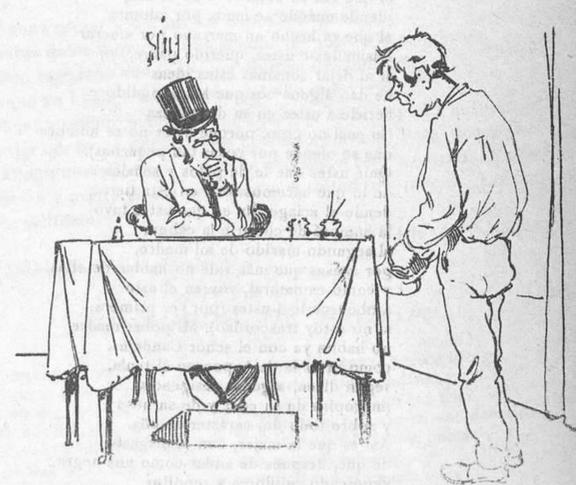
—Date prisa, bribón, canalla, granujal...



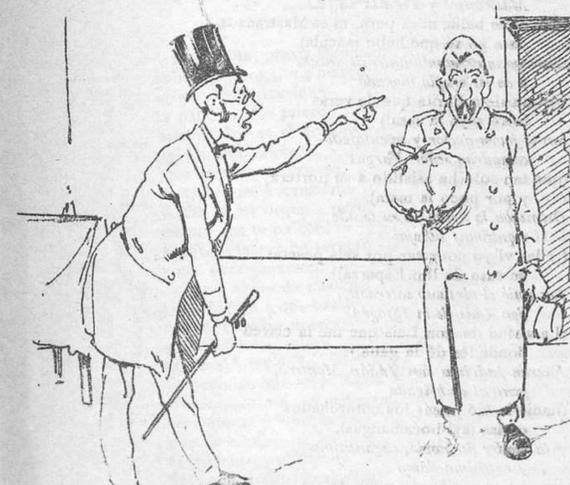
—No veo lumbre por ninguna parte. Me parece que se puede coger sin peligro.



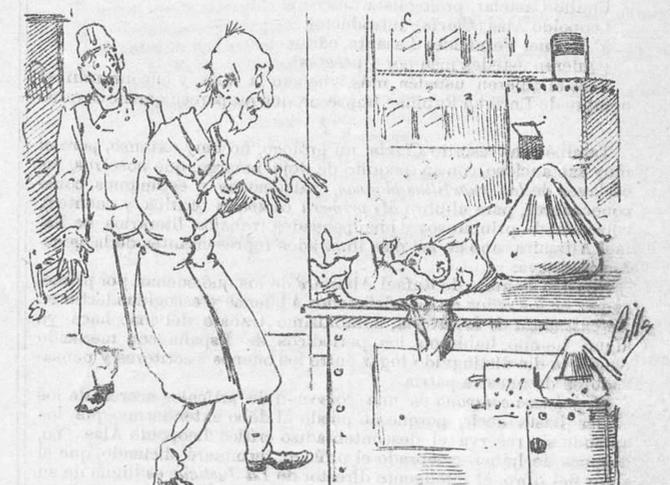
—¡Silencio! Luego darás todas esas explicaciones.



—¿Quién le ha inducido á usted á hacer lo que ha hecho? ¿Ha sido alguna sociedad secreta?
—No puedo decir nada, señor juez; va la honra de varias familias.



—Que lleven al laboratorio el cuerpo del delito y que lo examinen inmediatamente.



¡.....!

una lista de redactores fijos, y en esa lista figurábamos, entre otros, *Clarín* y yo; y como, pocos días después de publicada esa lista, apareció en las columnas de MADRID CÓMICO la declaración esencialmente posibilista á que me refiero, podría alguno suponer que el silencio de los demás redactores fijos significaba aquiescencia y conformidad.

Conste que no significa eso, y que mi buen amigo y distinguido compañero es posibilista, todo lo más posibilista que se puede ser, y yo continúo siendo federal impenitente.

Que esta declaración no me pareció de urgencia pruébalo el hecho de que no me haya precipitado para publicarla; pero que la estimo pertinente lo demuestra el que la ponga á la cabeza del primer trabajo que después del *palique* de *Clarín* escribo para MADRID CÓMICO.

* *

Y es bueno que después de haberme referido á *Clarín* en el preámbulo, ó como ustedes quieran llamar á esas cortas líneas, he de continuar hablando de *Clarín* en el cuerpo de mi trabajo, que no va á ser un cuerpo especial, ni siquiera facultativo. Nada tiene de particular que esto suceda, pues tratándose de sucesos bibliográficos, en serio ó en broma, en tono festivo ó en tono triste, no hay sino hablar de *Clarín*, hombre especialísimo y personalidad literaria en que, por raro caso, hállanse reunidas dos condiciones que parecen incompatibles: verdadero valer y laboriosidad extraordinaria.

No voy á elogiar á Leopoldo Alas, no me salga luego con la ocurrencia de que me paso la vida elogiándolo, pero sí digo que él se pasa la vida escribiendo.

Pero como escribe bien y como demuestra en lo que escribe que no deja de estudiar, muchas veces me pregunto á mí mismo: pero, señor, ¿cuándo descansa ese hombre? ¿Cuándo duerme? ¿Cuándo pasea? ¿Cuándo habla con los amigos y con la familia?

Y conste que, aunque me esté mal el decirlo (que yo creo que no me está mal), no soy de los hombres á quienes pone espanto el trabajar; que trabajando me he pasado la mayor y mejor parte de mi existencia... y todavía trabajo, en buen hora lo diga.

Pues sí, señor; para decir algo de los dos tomos de la hermosa obra de Carlyle titulada *Los héroes*, es preciso dedicar un aplauso á Leopoldo Alas, que sobre ser el alma de la Biblioteca selecta anglo-alemana, de la cual constituyen los primeros tomos la obra mencionada, ha escrito para ellos sendas introducciones, entre las cuales confieso que no acertaría nunca á decir cuál me parece la mejor; ambas las juzgo inmejorables.

Claro es que á Carlyle no he de juzgarlo yo; ¡pues no faltaría más! Yo, en mi tarea de noticiero bibliográfico y festivo además, sólo me considero autorizado para llamar la atención del transeunte distraído gritándole:

«Compren ustedes *Los héroes*, de Carlyle.

Verán ustedes al héroe como divinidad en *Odino*.

Al héroe como profeta en *Mahoma*.

Al héroe como poeta en *Dante* y en *Shakespeare*.

Al héroe como sacerdote en *Lutero* y en *Knox*.

Al héroe como literato en *Johnson*, en *Rousseau* y en *Burns*.

Y al héroe como rey en *Cromwell* y en *Napoleón*.

(Napoleón I, se entiende.)

Verán ustedes además un prólogo de Emilio Castelar y las dos introducciones de *Clarín* á que he aludido hace poco.

Cosa buena todo, de lo más mejorcito que ahora se publica.

Y verán ustedes además en la cubierta un verdadero lujo de nombres:

Tomás Carlyle, autor.

Julián G. Orbón, traductor.

Emilio Castelar, prologuista.

Leopoldo Alas (*Clarín*), introductor.

Y Manuel Fernández Lasanta, editor.

¿Quieren ustedes más por 4 pesetas?

Pues si quieren ustedes más, vuelvan la hoja y encontrarán el nombre de Enrique Rubiños, impresor; que me parece que no es rana.

* *

También ha escrito *Clarín* un prólogo, no muy extenso, pero sí muy sustancioso, con su poquito de dejo amargo, que nosotros, los esclavos de las *cuartillas blancas*, paladeamos y estimamos como conocedores, para el libro *Mi primera campaña* (crítica y cuentos), colección de primorosos y bien pensados trabajos literarios, de Rafael Altamira, uno de los más ilustrados representantes de la generación nueva.

No es el nombre de Rafael Altamira de los que suenan por primera vez en los oídos de los aficionados á buenas y escogidas lecturas. *La enseñanza de la historia*, notabilísimo trabajo del cual hace ya algún tiempo hablaron los periódicos de España con merecido elogio, le dió distinguido lugar entre los buenos escritores y pensadores de nuestra patria.

Mi primera campaña es una colección de artículos acerca de los cuales basta decir, porque no puedo ni debo extenderme, que los aplaude sin reserva el descontentadizo crítico Leopoldo Alas. Yo, después de haber celebrado el prólogo, terminaré diciendo que el autor del libro, el inteligente director de *La Justicia*, es digno de su insigne prologuista, y viceversa.

Y no digo más; sospecho que con unas y con otras cosas he dicho demasiado.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

— * —

LAS MAÑANAS DEL RETIRO

Son muy risueñas y alegres

las mañanas del Retiro;

á falta de otras más claras,

ésas son las de más brillo.

No bien las torres enhiestas

dan su toque matutino,

y no bien Madrid descorre

sus cerrojos y pestillos,

cuando ya las burras suenan

sus agrestes campanillos,

y las mangas y escobones

arman la de Dios es Cristo.

Defendiendo de las gotas

pantalones y vestidos,

y del polvo defendiendo

ringorrangos y atavíos,

hacia el Retiro adelantan,

con los ojos aún dormidos,

planchadoras de lo caro,

cigarreras de lo lindo,

modistillas de lo bueno,

maritornes de lo fino,

y dependientes lozanos

de tiendas de ultramarinos.

Van á ver entre las matas

lo que pescan los malditos,

y ellas van á ver las redes

y á jugar con sus anillos.

Cuando en la *arcadia* penetran,

ya el sol corona el idilio

de estanques, ramas y flores

rompiendo en hebras sus brillos,

y principian las carreras

desde el rosál al tomillo,

desde el romero al mastranzo,

desde el moral hasta el tilo.

—Vamos á ver el estanque;

Manuela, ¿tú no le has visto?

—No; vamos á verlo; quiero

que tú te embarques conmigo.

—No digo yo en una lancha,

Manuela de mi cariño:

¡en un zapato, hasta Roma

iba este cura contigo!

—¿A ver al Papa?

—Está claro,

ó á verte á ti, que es lo mismo;

porque tú eres más que el Papa

y más que todo un Concilio.

—¿Un *Con...* qué? No me requiebres la flor que prendió en sus rizos... con latinajos, Benito,

que no quiero que derroches

tu ciencia con este pingo.

—Mira el estanque.

—¡Qué hermoso!

—Fíjate allí en aquel sitio.

—Están las mozas jugando:

¡cuánta bulla, cuánto grito!

—¡Celebran á Dios, corriendo

por sus extensos dominios!

—Pues si celebrar se quiere,

digo yo que da lo mismo

en las Ventas, con guitarra

y con un medio cabrito.

—No eres sublime, Manuela.

—No seré lo que has dicho,

mas no es mester pa una broma

ser tan *superferolítico*

—Puede que razón te sobre,

pero uno hojeó los libros

para seguir la carrera

del mostrador, y del siglo

uno va con la corriente;

¿entiendes?

—Ni jota, chico.

—Pues vámonos al kiosko

y tomarás agua.

—Ó vino,

que pa estrenar el gaznate

nada hay como un *medio chico*.

—¡Tomaremos lo que quieras,

hija del pueblo!

—Lo dicho.

Y mientras los dos apuran

su desayuno *exquisito*,

hasta él ¡oh mengua! mojando

un medio bollo en el *tinto*,

mil animadas escenas

alegran todos los sitios.

El juego que se prefiere

es dar carreras y brincos,

intercalando á los saltos

el golpe con el pellizco.

Si en un lugar se retoza,

en otro truena el bullicio,

y si aquí se trama el baile,

acullá se hace lo mismo.

Y cuando entra el día, y vuelven

las mozelas del Retiro,

suele alguna traer rota

—¿Un *Con...* qué? No me requiebres la flor que prendió en sus rizos... con latinajos, Benito,

SALVADOR RUEDA.

¡ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA!

Pues señor, hay noticias muy curiosas en la prensa diaria.

Vea usted, por ejemplo, el sueltécito que leí esta mañana:

«*La bella señorita doña Pura Mastranzos y Peralta*

(que ni es bella, ni es pura, ni es Mastranzos, pues yo sé que hubo mácula)

contrajo matrimonio antes de anoche y en su propia morada

(¡ya quisiera Purita que de veras fuera suya la casal)

con el joven doctor y aventajado comadrón señor Vargas

(que tan sólo ha asistido á su portera y por poco la mata).

Ostentaba la novia en su tocado riquísimas alhajas

(¡y las vi yo comprar por seis pesetas en casa de Ibo Esparzal).

Los unió el virtuoso sacerdote don Luis de la Bisagra.

(La virtud de don Luis que me la claven donde les dé la gana.)

Fueron padrinos don Julián Montero, general de brigada

(nadie le vió jamás los entorchados en las ¡ay! bocamangas),

y la madre del novio, elegantísima y cultísima dama

(que gasta miriñaque y manteleta y suele decir *haiga*).

Asistieron el conde del Petate

(¡y lleva un mes en camal)

y el probo funcionario don Gil Pérez (que no es probo ni es nada).

Después de terminar la ceremonia
fué servido en la sala
un espléndido lunch (cuatro galletas
más duras que una tapia).
En seguida, tomando los esposos
una berlina-cama

(léase dos años de tercera),
saueron para Francia.
(No dice que bajaron en Pozuelo,
mas consta su bajada.)

Felicitemos á la fiel pareja
(¡este ripio faltaba!)
deseando que goce de una luna
de miel muy prolongada.

(¡Qué les importará que dure poco
ó sea estrecha ó largal?)

¡Y el lector se creará que la noticia
de la boda es exacta!

¡Cuántos son los camelos de esta clase
que la prensa nos largal!

¡Y qué espléndidos son los revisteros
que de bodas nos hablan!

A la vez que nos dan una noticia,
¡nos dan una castañal!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Según dicen más de cuatro
que han descubierto el sistema,
es muy sencillo el problema
de acertar en el teatro:

Estudiar caricaturas
y presentarlas de modo
que hagan gracia; ¡sobre todo
mover mucho las figuras!

Una contorsión eterna
y una acción rápida, viva
y animada; en eso estriba
la dramaturgia moderna.

Nada de escenas paradas
ni de discreto *fino*,
que aburre al Verbo divino
con sus frases rebuscadas.

Una forma primorosa
¡qué le importa al auditorio,
que no sabe si el Tenorio
está escrito en verso ó prosa?

Vivimos ya tan de prisa
que necesita la gente
sentir inmediatamente
la tentación de la risa,

y al levantarse el telón
necesita conocer
el enredo que ha de ser
base de la animación.

Y si no hay dos situaciones
graciosas en un segundo,

ya tiene usted á todo el mundo
preparando los bastones.

¡No! y el público no es tonto;
pide acción interesante,
que le diviertan bastante
y que le diviertan pronto.

Y como está en su derecho
hay que darle lo que quiera;
yo ya encontré la manera
de ganar honra y provecho.

Nada de lucha valiente
para venir á estrellarse;
es más sencillo dejarse
arrastrar por la corriente.

El sainete que ahora escribo
tiene que ser cosa buena,
porque coloco en la escena
los caballos del Tío Vivo.

Y allí sin cesar se mueven
soldados, chicos, niñas,
chulos, criadas y horteras
que ríen, gritan y beben.

Hay chistes á borbotones
de esos que arrancan murmullos,
frases gordas, apabullos,
insolencias, pescozones...

Y ello no será un portento
ni pasará de la raya,
pero movimiento... ¡vaya
si va á tener movimiento!

SINESIO DELGADO.

...GRANDES REMEDIOS

Ascensión, presta atención:
sobre que por ti me muero
no cabe ya discusión;
tu palmito y tu salero
hacen llama en el brasero
del humano corazón,
y te quiero y te venero,
hermosísima Ascensión;
y eres tú mi virgen... pero
resulta que tu balcón,
aunque altar, es un tercero
y una desesperación.

Y esa altura da pavora
y me obliga á que batalle
con mi elástica cintura,
y en risible curvatura
desde el piso de la calle
contemplándote en la altura
vivo expuesto á que me estalle
mi cintura, que no es dura,
porque admiro sin hartura
el conjunto y el detalle
del portento de hermosura
de las líneas de tu talle.

Y aunque veo que en el lazo
de tus gracias he caído,
y aunque tengo mi espinazo

poco menos que partido
por la gracia del flechazo
de la caña de Cupido
disparada por tu brazo,
contemplándote embobado
muchas veces he creído
que tu altar es un bromazo
de carácter «tan subido»...
que parece Chimborazo.

Y observando, lastimero
que se llena de alborozo
tu semblante retrechero
cuando miras hacia el trozo
de la calle en que te espero,
como espero, desespero,
y á las idas me destrozo
y á las vueltas considero
que el axioma aquel del gozo
es axioma verdadero,
pues mi gozo está en un pozo
con altar... tan altanero.

Y es preciso resolver,
virgencita, sin tardar,
que este modo de querer
y este modo de admirar,
como puedes comprender,
son muy duros de pelar

y más duros de cocer;
y tú puedes remediar
mi continuo padecer,

con dejármeme ayudar,
Ascensión, á *descender*
cualquier día de tu altar.

ANTONIO MOLTALBÁN.

CHISMES Y CUENTOS

«Las revelaciones de Turpin, el inventor de la melinita, sobre los horrores verdaderamente tremendos del ministerio de la Guerra francés prometen dar origen á un nuevo escándalo no menos ruidoso que el de Panamá de hace poco y el de Wilson hace años.»

De lo cual debemos felicitarlos sinceramente, porque la vida se estaba poniendo un poco sosa á consecuencia de que no ocurría en el mundo nada interesante.

Y si no hubiera de vez en cuando chanchullos gordos, que los hay, á Dios gracias... habría que inventarlos.

Al dentista don Antonio
le cunde mucho el trabajo:
¡siempre que saca una muela
hace saltar tres ó cuatro!

RAMÓN SONGEL.

En Bélgica están alborotadas las masas porque se empeñan en tener sufragio universal lo más pronto posible.

Eso nos pasaba á nosotros hace años, y ahora que lo tenemos, lo empleamos dignamente en votar en favor del gobierno.

Como se demuestra siempre que hay elecciones.

Cerró el Español sus puertas,
y es el caso sorprendente
que acude la misma gente
que cuando estaban abiertas.

Libros:

Andalucía, colección de cantares de D. R. Rodríguez Martín, que revela en ellos excelente gusto y grandes dotes de imitación para la difícil poesía popular. Precio: 75 céntimos.

De algunos casos patológicos en derecho hipotecario y sus afines. Conciencioso estudio de tan ardua materia por el registrador de la propiedad D. Antonio Aguilar y Cano.

Indicador oficial de Correos, publicado por la dirección general del ramo, que contiene las importantes variaciones introducidas en el servicio que empezará á regir desde el 1.º de Mayo próximo. Libro de absoluta necesidad para empresas periodísticas, comerciales, etc., etc.

El Castellano del Duero, drama en tres actos y en verso, original de don Agustín Fernando de la Serna, estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Español. Si el autor de este drama no tuviese un puesto envidiable en la república de las letras, su última producción le bastaría para acreditarlo de notable literato.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tontuna.—Eso es verdad, pero *probada* y *calabasa* no son consonantes como pretendían locamente.

Sra. D.ª C. P.—¡Jesús, María y José! ¡Parece mentira que se atreva á decir eso toda una señora!

Sr. D. J. M. C.—Muy señor mfo: ha copiado usted esos epigramas de un almanaque viejo. Es usted que ni pintado para tomar piezas del francés y decir que son suyas, como hacen otros.

Eliso.—¿Quiere un consejo? Allá va.
¡No se escribe *bivirá!*

Un aficionado.—Sí, señor; son colecciones efectivamente. Como verá usted, queda corregida la errata.

Gatuperio.—Tiene poca gracia, porque el final es poco *sañente*. ¡Entiende usted lo que quiero decir?

Sr. D. E. S.—¿Basta que usted la considere de mucho mérito? ¡Ah, no! No basta.

Manrique.—Comprenda usted que una composición que empieza así:

«Siempre estás, muerto querido
en mi memoria presente
y al pensar en tí mi mente
pienso en el bien que he perdido;
jamás repugnante olvido
entre los dos se pondrá... etc.»

tiene que ser demasiado triste por fuerza.

Sr. D. R. M. y G.—No se le contesta algunas veces porque es imposible hacerlo con todas las cartas. Tenga usted, sin embargo, la seguridad de que en cuanto remita algo publicable será admitido sin más requisitos.

Félix de Monterey.—No está mal versificada del todo. El asunto es lo que no me gusta, si he de ser franco.

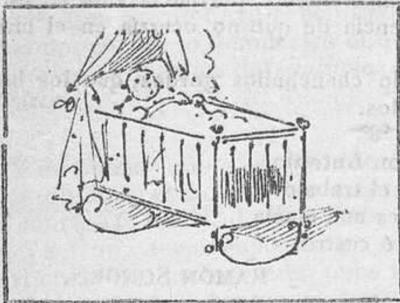
Fray Julián.—Mire usted, voy á decirle una cosa en secreto. Demostrar ingenio culto es difícil, pero hacer porquerías y no tener gracia... eso ya no lo perdona el Ser Supremo.

Pimpam.—Siento no poder aprovechar ninguno. Otra vez será, ¡qué demonio!

Rusófilo.—¡Compañero! ¡Ca, hombre! Los compañeros de usted están en el estanque grande.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

VIDA DE BALTASAR EL AFORTUNADO



Nace en Pinto Baltasar,
 en cuna de este Bazar.
 Plaza de la Cebada, 1.



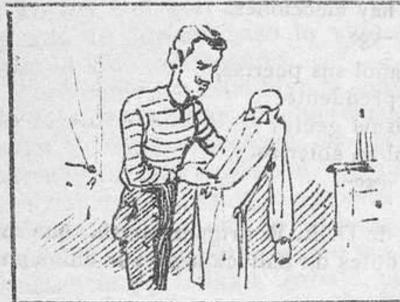
Quiere en biberón beber
 Cognac fino de Moguer.
 Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
 Depósito de vinos, Arenal, 2.



Come, en lugar de patata,
 bollos de La Flor y Nata.
 Plaza de Celenque, 1.



Se vistió como quien era,
 siempre en casa de Pesquera.
 Magdalena, 20.



Las camisas que tenía,
 Martínez se las hacía.
 San Sebastián, 2.



A Carrasco visitó
 y un sombrero le compró.
 Carretas, 26.



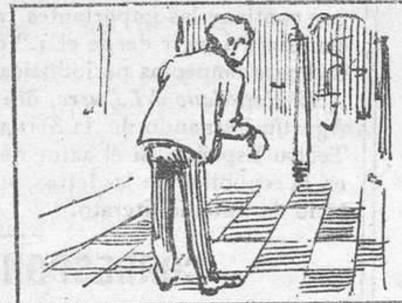
Siempre se quiso lavar
 con Colonia Palomar.
 Fuencarral, 27.



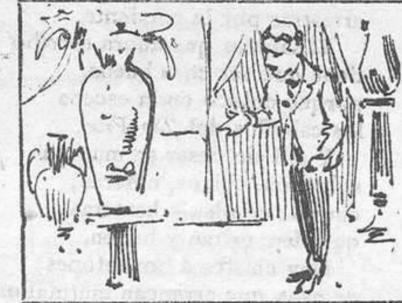
Tirso Pérez le extraía
 el raigón que le dolía.
 Mayor, 73.



Puso en su casa mosaico
 y, es claro, lo puso hidráulico.
 Escofet Fortuny y Compañía.
 Alcalá, 18.



Y para el patio baldosas
 especiales, primorosas.
 Escofet Fortuny y Compañía.
 Alcalá, 18.



Llenó las habitaciones
 de estatuas y de jarrones.
 Escofet Fortuny y Compañía.



Y el techo de artesanos
 que fueron muy celebrados.
 Escofet Fortuny y Compañía.



Le daba el Jerez placer
 de la Viuda Ruiz de Mier.
 E. Oliveres.
 Valverde, 8, pral. dra.



Calvo, el pelo volvió á echar
 con la Quina Palomar.
 Fuencarral, 27.



Y murió tranquilo y bien,
 en cama de este Almacén.
 Plaza de la Cebada, 1.



Dios le dió, como era justo,
 la gloria por su buen gusto.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
 TAPIOCA, TÉS
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 MÁLAGA-MANZANARES